

LECTURA SOBRE RUEDAS: LOS LECTORES DEL METRO

VICENTA CORTÉS ALONSO

La lectura es una actividad que practicamos personalmente en sus más diversas facetas: como instrumento de trabajo, como dedicación profesional, como medio de información y, cuando podemos, como vehículo de deleite y entretenimiento. Hay otras formas más, naturalmente, que a lo largo de la vida hemos practicado también, sin que podamos hacer un recuento cuantitativo y cronológico de ellas. Hemos tenido que hacer algunos años estadísticas de las lecturas de los demás, hemos puesto en circulación bibliografías profesionales, estamos profundamente interesados en la circulación de la letra impresa en libros, folletos o publicaciones periódicas. El uso que de ellas se haga, por lo tanto, también atraerá nuestra atención en diversas formas: conferencias, mesas redondas, sondeos de opinión, cifras de ventas y lectores, modificación de los hábitos de lectura de los españoles. En fin, todo el mundo que incide en la lectura en sus múltiples manifestaciones.

Por tanto, nos parece muy oportuna la campaña comenzada para el fomento de la lectura y, por ello, queremos contribuir a su estudio con una aportación nada científica, doméstica, hecha a mano y analizada como para ir por casa. Pues no estamos capacitados para efectuar trabajos de mercado y prospección, como los que escuchamos a nombrados sociólogos y especialistas de los sondeos más complejos y peregrinos.

Nuestra sencilla experiencia personal, en cuanto a contar e interpretar la lectura, se resume a las estadísticas que hace treinta años tuvimos que recoger en Huelva, en la Biblioteca Pública Provincial, en que, por lo menos, se intentó mejorar la situación del centro y de la lectura de la que era una de las provincias colistas de las listas españolas. Tratar de mejorar aquellas cifras de oferta que podíamos poner en circulación no era tarea fácil, como tampoco era cambiar el hábito de recuento que, por tradición no rota, hacía que el monto fuera, para no desacreditarse, un poco mayor que el anterior. Procuramos conseguir más lectores, aunque los primeros totales, ajustados a la realidad, no alcanzaran el ideal imperante.

De eso hace muchos años, los presupuestos de aquellas fechas no voy a detallarlos y, además, las instalaciones y personal mejoraron bastante de ma-

nera que, como ha sucedido en toda España, la referencia a aquel triste y lejano pasado mejor lo ponemos de lado¹.

Pero, pese a todo, son escandalosas las cifras que se mencionan en los periódicos y las afirmaciones que se hacen de que en España no se lee. Como me parece que esto no es verdad, por ello me he puesto a contar con los dedos, y con una libretita de bolsillo, lo que en el más incómodo de los entornos, el Metro, he visto en los 26 días que me puse como curiosa observadora a tomar nota, durante los 59 viajes realizados desde mi casa a distintos entornos, en que el quehacer o el placer me hacía trasladarme en la ciudad. No se trata, por tanto, de una encuesta científica y matemáticamente planteada. Sólo unas notas de constatación de que en España sí se lee, aunque, tal vez, no tanto como debiéramos y, por supuesto, tampoco tanto como los autores, editores, distribuidores y libreros desearan. Los bibliotecarios, que son los que se encargan de una parte de la promoción, tienen cifras que ofrecer y que, sin duda, ellos deben poner en relación con los edificios, equipamiento, los horarios y el fondo bibliográfico que está al alcance de los lectores para, comparado o no con los baremos propuestos por la Unesco, decirnos cómo andamos en la asignatura de la lectura pública en España. Una mejora, estamos seguros, se ha producido en los últimos lustros². Lo que tal vez convenga saber es si a la velocidad a que ese avance crece, vamos a ir quedándonos de nuevo a la cola, como no sería deseable. También habrá que comparar el número de unidades vendidas y el de lectores que las utilizan, la incidencia de las listas de libros más leídos (aquí y en el extranjero) con la lectura real, sea en las bibliotecas o en la casa de los compradores; si tenemos cada vez más lectores de biblioteca pública que compradores de libros, como sucede en otros países. Y así podríamos continuar con muchas más sugerencias que calibrar si leemos o no. Confieso que, personalmente, leo bastante más de lo que compro, entre otras razones, porque mis estanterías han llegado al grado de saturación total. Tanto de libros de trabajo como de diversión, aparte de haber tenido que hacer varios expurgos que se integraron en otras bibliotecas públicas y privadas.

Pero esto son sólo digresiones sobre la lectura, porque mi opinión personal es que las encuestas, sean sobre lo que sean, no son más que signos orientativos para tomar decisiones personales porque, pese a las horribles cifras que todas las semanas se publican de accidentes de tráfico, la gente no deja de lanzarse a la carretera. De la misma manera pienso que pese a

¹ Conocemos la opinión de nuestra colega Julia Méndez Aparicio y su hermano Juan, plasmada en la obra *La Biblioteca Pública ¿índice del subdesarrollo español?*, Madrid, 1984, con un triste resultado de cifras y baremos distantes, bien documentado.

² Por el artículo que figura en este *Boletín* de Julia Méndez Aparicio, vemos que no se mejora la situación luego de casi diez años.

los temores que las autoridades, bibliotecarios y propulsores del libro padecen, los ciudadanos siguen leyendo a su aire, aunque éste no sea el que creemos que conviene o el que nos pone en la lista que convenga.

EL METRO, BIBLIOTECA INCÓMODA

¿Por qué elegí el Metro para mis apuntes y reflexiones?

Porque, como necesito una cierta comodidad, silencio y paz para leer a gusto, considero que la pasión de leer se manifiesta más patente y clara, en aquellas circunstancias que son contrarias a las que necesito yo. Muy rara vez leo en el Metro³. Me gusta e interesa más contemplar a mis semejantes y su diversidad física, social y cultural, manifestada no sólo por su aspecto sino por sus modales y forma de mirar. Así que, si van leyendo algo, eso forma el complemento de su ser y existir y, por lo tanto, me parece que es una muestra positiva de lo que pueda significar estudiando la lectura. El que lee en el Metro, por lo general, va tan embebido en su tarea que olvida los empujones, la mala luz, las paradas e, incluso, si se tercia, los descuideros. Para tales lectores, aquellos minutos dedicados a comprobar el triunfo del equipo predilecto, las últimas incidencias catastróficas en el mundo, las definiciones de la clase aprendidas, las aventuras de los héroes tradicionales o los de última hora, son probablemente la felicidad que los separa de la rutina diaria, la presión del trabajo o la competencia en la lucha de cada día.

Sabemos por las encuestas que los jóvenes leen más que los cuarentones y cincuentones, que los periódicos son más leídos que las obras de tesis y reflexión y que, gracias a los cambios de la estructura de la población y la incorporación de la mujer a las tareas que antes estaban reservadas a los hombres (fuera del hogar y puestos cada vez más elevados), son ellas las que más leen. Valía la pena comprobar que estas generalidades se podían constatar *de visu*, sin intermediarios, en un lugar que, paradójicamente, no tiene los requisitos que una biblioteca debe reunir.

Pese a ello, veremos que el Metro cumple los mismos fines que una sala de lectura normal, puesto que en el vagón de Metro vamos a encontrar gentes que leen sus apuntes, los textos escolares, las revistas ilustradas, los periódicos del día, las novelas y, algunos, incluso, toman notas y hacen sus deberes.

³ Una alusión a la lectura en el Metro hacía Luis Landero en la entrevista a Francisco Rico, al ocuparse de «Clásicos a la carta», EL PAÍS, *Babelia*, 29-05-1993, diciendo que no son los clásicos los que allí se leen. Pero pensamos que habría que comprobarlo dado los muchos libros de bolsillo que vemos en manos de los jóvenes.

Atento a este panorama, hicimos distintos apartados en nuestra libreta, como se puede ver en el cuadro que adjuntamos⁴, como si de un censo se tratara, comenzando por el día del mes, de la semana y de la línea que utilizábamos para nuestros propios quehaceres, así como la hora del viaje. Luego, los lectores, separados por sexo, quedaban anotados según el tipo de lectura que reunimos en tres grupos: literatura, formación y prensa, pues, naturalmente, a distancia y sin molestar con nuestra mirada insistente, no podíamos adjudicar por el formato, tamaño y soporte, las demás cualificadas subdivisiones que se hacen normalmente en las bibliotecas con los datos de las papeletas de petición. Las novelas, por sus características externas, es bastante fácil distinguirlas de los periódicos, revistas y apuntes, si bien a veces se podrían confundir con los libros de estudio. Pero, para eso, la disposición del texto en las páginas y por la edad y aspecto del lector, puede ayudar si uno está un poco lejos.

LOS LECTORES

La primera de las divisiones, de hombres y mujeres. Dada la paridad del atuendo y peinado en los jóvenes, a veces era difícil de fijar el sexo para ponerlo en la casilla correspondiente, teniendo que deducirlo de la textura del rostro, los adornos o los ademanes, dejando de lado el uso del único pendiente o la coleta tan de moda. No podemos asegurar que tanto en este apartado como en el de la totalidad de los viajeros, las cifras sean de una exactitud rigurosamente fiable, puesto que en cada estación podían entrar y salir viajeros y nunca nos pusimos junto al personaje dudoso para aclarar su condición. Ya decimos que las cuentas están hechas para orientar, sin deseo de sacar conclusiones porcentuales, sino de ofrecer una estimación hasta hoy no pensada.

Salvo algunos casos que se saltan la regla general, es mayor el número de lectoras que el de lectores, como puede verse por los parciales y totales de cada una de las columnas de los 59 viajes. Sin embargo, aunque no se refleja en nuestros datos, pero que confirma lo acusado en las encuestas hechas con toda precisión, de lo que no hay duda es que la mayoría son jóvenes, no importa la hora y la línea de Metro en que viajemos. Podemos anotar 344 mujeres y 345 hombres, según se suma en la gráfica mencionada.

⁴ Las cifras para estas curvas son:

<i>Lectores</i>	<i>Literatura</i>	<i>Formación</i>	<i>Prensa</i>	<i>Total</i>
Mujeres	154	51	139	344
Hombres	65	45	235	345

TABLA I

LECTURA EN EL METRO - 1993 (Primera parte)

Día	Hora	Línea	Mujeres			Hombres			Total	
			Literatura	Formación	Prensa	Literatura	Formación	Prensa	Lectores	Viajeros
17-02	X 09,30	Diego León - S. Bernardo	4	3	5	1	—	—	13	52
"	14,00	— vuelta	5	—	7	1	1	5	19	74
"	16,00	D. León - Argüelles	2	2	3	1	1	3	12	47
"	20,00	— vuelta	6	—	3	1	2	3	15	20/48
18	J 12,30	D. León - Alonso Martínez	1	1	—	1	1	4	8	36
"	14,15	— vuelta	5	—	4	1	—	7	17	60
"	18,15	D. León - Serrano	1	—	1	—	2	6	10	44
"	19,30	— vuelta	2	1	1	1	—	3	8	52
20	S 09,00	D. León - Serrano	3	3	1	—	2	3	12	39
"	14,40	— vuelta	2	—	1	1	—	1	5	34
22	L 16,40	D. León - Serrano	4	—	2	3	1	1	11	58
"	19,45	D. León - Pirámides	2	2	4	3	—	2	13	24
23	M 09,30	D. León - Goya - Banco Esp.	7	3	4	5	2	10	31	90/50
"	12,15	— vuelta	1	—	2	—	—	8	11	92/45
24	X 11,40	Atocha - Bilbao - D. León	3	1	5	1	1	18	29	50
25	J 17,00	D. León - Serrano	1	3	2	2	—	2	10	52
26	V 10,30	D. León - Argüelles	2	1	4	—	—	4	11	90
27	S 14,45	D. León - Goya - Ópera	3	—	3	3	1	2	12	30/28
2-03	M 09,30	D. León - Argüelles	1	—	3	—	—	1	5	20
4	J 17,00	D. León - Serrano	1	—	4	2	—	2	9	28
"	20,00	— vuelta	2	2	—	2	1	1	8	50
5	V 09,30	Avda. América - C. Universit.	4	1	4	—	1	6	16	68
"	12,30	— vuelta	—	1	3	1	1	7	13	50
"	16,00	Avda. América - Cuatro Cam.	2	—	—	2	—	1	5	45
"	18,45	Lista - Arturo Soria	4	—	1	1	—	3	9	40
"	20,00	Arturo Soria - Avda. América	1	—	1	1	—	—	3	15/42
6	S 15,30	Avda. América - Herrera Oria	3	1	1	—	1	3	9	50
"	20,30	— vuelta	1	—	1	—	—	3	5	20
8	L 17,30	D. León - Serrano	2	1	1	1	1	—	6	60
"	19,40	— vuelta	—	1	2	1	1	5	10	30
9	M 09,30	D. León - Goya - Banco Esp.	5	1	4	1	1	8	20	55
"	12,30	— vuelta	2	—	5	1	—	9	17	47
10	X 13,15	Avda. América - P. Avenidas	5	—	1	1	1	6	15	60
"	17,30	— vuelta	4	—	1	1	1	5	12	110
11	J 10,00	D. León - Serrano	4	1	1	—	—	3	9	68
"	14,50	— vuelta	1	—	4	—	—	7	12	40
"	16,20	D. León - Colón	5	2	3	—	2	4	16	50
"	19,30	Serrano - D. León	7	1	1	1	—	2	12	38
17	38	Primera parte	108	32	93	41	25	158	457	

TABLA I (continuación)

LECTURA EN EL METRO - 1993 (Segunda parte)

Día	Hora	Línea	Mujeres			Hombres			Total	
			Literatura	Formación	Prensa	Literatura	Formación	Prensa	Lectores	Viajeros
13 S	11,30	D. León - Serrano	—	—	—	—	1	4	5	48
"	12,45	— vuelta	—	—	2	—	—	7	9	42
"	13,30	Avda. América - Arturo Soria	—	—	—	—	—	2	2	10/24
"	16,05	— vuelta	—	—	2	—	—	—	2	16
15 L	11,00	D. León - Serrano	1	1	4	1	1	7	15	58
"	15,45	— vuelta	3	1	1	2	—	2	9	62
16 M	16,00	D. León - Cuatro Caminos	2	2	—	1	2	2	9	50
"	18,15	Cuatro Caminos - Sol	2	—	3	—	—	6	11	60
"	21,30	Serrano - D. León	1	—	2	2	3	1	9	58
17 X	10,10	Avda. América - C. Universit.	2	3	2	1	2	5	15	62
18 J	17,20	D. León - Serrano	2	—	3	—	2	1	8	48
"	20,30	— vuelta	5	1	3	4	—	6	19	43
20 S	15,30	D. León - Goya - Sol	—	—	—	1	—	1	2	15/18
23 M	09,30	D. León - Goya - Banco Esp.	5	2	6	4	2	10	29	75
"	19,00	D. León - Goya - Banco	4	—	4	1	2	4	15	60
"	22,00	— vuelta	4	2	4	4	2	3	19	50
24 X	10,35	D. León - Argüelles	4	2	3	1	1	6	17	55
25 J	11,50	D. León - Arturo Soria	3	1	—	—	1	—	5	18
"	14,00	— vuelta	4	—	1	—	—	6	11	28
"	17,20	D. León - Goya	3	2	3	—	—	—	8	40
"	18,30	— vuelta	1	2	3	2	1	4	13	52
9	21	Segunda parte	46	19	46	24	20	77	232	
17	38	Primera parte	108	32	93	41	25	158	457	
26	59	TOTAL	154	51	139	65	45	235	689	

LOS TEMAS DE LECTURA

Si establecemos una gradación entre la lectura de información, la de formación y la de distracción (la prensa, los textos y apuntes y la literatura), obtenemos una curva distinta entre las mujeres y los hombres, pues mientras las primeras tienen una inclinación mayor por la literatura, luego la prensa y en tercer lugar la formación, en el caso de los varones hay más afición a la prensa, luego la literatura y en último lugar la formación. Esta categoría, como es de suponer, requiere para desarrollarla una mayor tranquilidad que la existente en un vagón de Metro. Pero hay que tener en

cuenta que la pusimos porque en nuestras trayectorias, como veremos, había mucha circulación de estudiantes, de instituto y de universidad, que radican en la zona que atraviesan dichas líneas.

La mayoría de las novelas eran libros de bolsillo, aunque también había lectores cargando tomos gruesos y encuadernados, lo que para una lectura en plataforma móvil, requiere gran deseo de leer y un equilibrio especial por parte de los interesados. Para las publicaciones periódicas, en especial los diarios, son los hombres los que mayoritariamente los llevan y leen. Pero muchas viajeras entretenían su ocio con la solución de crucigramas y otros pasatiempos de los especiales dominicales o las revistas ilustradas. Esta inclinación a ocupar la imaginación, al tiempo que se leen las noticias, parece estar de acuerdo con las curvas que hemos señalado, pues es notable la diferencia entre ambos sexos en lo que se refiere a la acumulación de datos y sucesos, por una parte, y la afición a enriquecer la fantasía con la literatura de creación, que es casi de doble contra sencillo.

Parece como si las mujeres quisieran recuperar el tiempo perdido sin leer, ocupadas en tareas en las que la rutina no hacía necesario el uso de la inteligencia y la imaginación, frente al pragmatismo de saber el aquí y ahora, sin fantasías, aparte las incluidas en los titulares de los periódicos. Son dos formas de aprovechar el tiempo leyendo, una buscando un mundo ideal sólo alcanzable con el pensamiento; la otra, tratando de aprovechar las posibilidades de un mundo difícil y acuciante aun en los ratos libres.

Sólo en alguna ocasión nos fue posible alcanzar a leer el nombre del autor y el título de los libros de ficción, por lo que no vamos a señalar estos casos. También podría hacerse una buena reflexión sobre las cabeceras de los periódicos y revistas, la edad y el sexo y porte de los lectores. Pero esos datos solo quedaron en la memoria, que no anotados. Si bien al constatarlos, resultaban significativos y solían encajar con los estereotipos que figuran en la vida cotidiana.

Tampoco se podía distinguir, en esta toma de datos, si los libros eran propiedad del lector o bien tenían el sello de alguna biblioteca pública, de la que habían sido sacados en préstamo. De todas maneras, como lo que estamos contemplando es la lectura, no vamos a preocuparnos ahora de esta variable. En todo caso, fuera el ciudadano o el Estado el comprador, la lectura se lleva a cabo y no estaba el libro decorando un anaquel. Cumplía su fin determinado.

LOS TRAYECTOS Y EL HORARIO

La primera de las premisas que hay que distinguir, tratándose de la lectura en el Metro, es que se trata de un público lector urbano y de una po-

blación que cuenta con este medio de transporte, es decir, en este caso y momento, de Madrid. El ámbito, por lo tanto, está restringido a una ciudad grande. En segundo lugar, aunque mis viajes han sido y son diversos, obligatoriamente comienzan y se dirigen en especial a mi propio barrio, el distrito de Salamanca, que tiene unas características socio-culturales propias. Cuando los destinos eran más alejados hacia el centro o la periferia, los viajeros variaban y también los hábitos de lectura. Pensemos que de Diego de León a Argüelles o de la Avenida de América a la Universitaria, bastantes estudiantes frecuentan estas líneas, mientras que para ir a Banco los oficinistas tenían en las manos la prensa y eran escasos los lectores en el camino hacia Arturo Soria. Lo que es constante, en general, es que las mujeres están leyendo literatura mientras los hombres se dedican a los periódicos en casi todos los trayectos.

Si de los trayectos pasamos a leer las cifras de lectores en las distintas horas del día, sobre todo en la variable de la prensa, es fácil ver que es mayor por la mañana que por la tarde y noche, mientras la literatura se mantiene más equilibrada oscilando entre 2 y 5 lectoras, mientras los fieles a los periódicos llegan a más del doble.

Lo que nos llamó la atención es el descanso de la lectura en el sábado con respecto a los otros días laborales, en los periódicos.

RESUMEN

Esta muestra, sencilla y sin pretensiones, nos afirma en la idea inicial de que la gente sí lee. Porque a las pruebas nos remitimos.

Lo que tenemos que preguntarnos es la causa de que en sus casas, en las bibliotecas, en los ratos de descanso cuantificables —no de la tópica lectura en la oficina—, los españoles leen con arreglo a lo que su situación socio-económica y cultural parece requerir, de acuerdo con los módulos universales establecidos. Esa es otra cuestión que tal vez sea más complicada de averiguar y que incide, no sólo en el valor de las encuestas, sino en la política bibliotecaria y en la educación, temás que no son nuestra preocupación ahora.